

3^{er} COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO

Mesa 9. “Lecturas transversales, 2” Jueves 13 de noviembre, 12:30 horas

Silvia Pappé
UAM-Azcapotzalco

“UN PASO. UNA MIRADA. UN LUGAR (NOTAS DESDE UN AVIÓN)”

Si una idea no es absurda al principio,
entonces no vale la pena.
(Albert Einstein)

INTRODUCCIÓN

El propósito que sigo en estas breves notas es pasar del tipo de personajes en dos relatos de Arqueles Vela de 1925, “El hombre que encontramos en todas partes” y “El amigo improvisado de los trenes”, a la composición narrativa de esos textos. Los estridentistas no sólo cuestionan y desestructuran nuestras nociones de temporalidad, espacio e identidad de los sujetos-personajes, tampoco se ajustan –como he argumentado en otros momentos- a las tradiciones literarias e históricas de diversos géneros narrativos. Si el título de la ponencia (“Un paso. Una mirada. Un lugar”) remite a las andanzas de los personajes, el subtítulo que ahora agrego (“Notas desde un avión”) refiere ciertamente a circunstancias personales; pero en esencia alude al cambio de mirada y, debo admitir, a un alejamiento de los textos, a la falta inevitable de matización y precisión, y el carácter disociado de mis notas.

1. PERSONAJES, IDENTIDADES, ROCES CON LAS DIFERENCIAS

“El hombre que encontramos en todas partes” se convierte, a lo largo de la lectura, en el hombre que no soy yo, yo lector, yo narrador; es el entorno que no soy yo, que no somos nosotros. Es la personificación de las diferencias, de lo no idéntico. Ser, identificar y nuevamente ser; solidarizarse con lo que se es, se cree ser. Diferencia personificada puede ser simplemente eso, puede conllevar valores, pero también características sin mayor relevancia. Sin limitarse, sin ser confinado, este hombre se guarda disimuladamente en tiempos y espacios relativos a nosotros. Amigable a veces, viajero siempre, es el espejo de nuestra mirada al mundo. Mirada en ocasiones detectivesca que busca, reconoce, se desvía. El hombre que está en todas partes y el amigo improvisado son la mirada devuelta de quienes se ven, podríamos pensar, en nosotros los narradores, nosotros los lectores, nosotros los personajes.

Observar a través de estas miradas de ida y vuelta, es observar nada relevante: cotidianeidad, urbana quizá. Llama la atención que aquello que se observa, no está constituido en una lógica temporal, casi no hay anécdotas. Una trama, tampoco. Y surge, casi de inmediato, una pregunta: ¿se puede hacer un relato, improvisado como el amigo, a partir de los fragmentos narrativos que encontramos en todas partes, y cuyas características son todo y nada? Dostoievski y Proust aparecen, como quimera casi, a través de personajes que no son como los de Arqueles Vela; dada la densidad de sus textos, son lo más alejado, en términos narrativos, que uno puede imaginarse. Diferencias también aquí.

2. NOTAS DESDE UN AVIÓN

Existe una relación entre génesis y artífice que se preestablece en otro relato de Arqueles Vela (“Los espejos de la voz”); es el génesis a la inversa estrechamente ligado al artífice de un ser, ¿humano?, que no tiene nombre. Fantoches ocupan el lugar de la esencia de un personaje (y de un relato) en cuyas contradicciones y falta de acción cabemos todos. Un relato, creado a la inversa, privado de su nombre (genérico) que, casi desde cero pero con experiencia acumulada, puede ser ahora cualquier tipo de narración: cuento, novela corta; relato; poema en prosa... Envuelve una sustancia y sus diferencias.

Lo que los personajes sin nombre son y no son, la manera en que se mueven, los lugares donde aparecen, se desintegran a la vista de otros o permanecen fragmentados: su

presencia se debe, por qué no, a la gran cantidad de adjetivos y verbos que describen este estar y no estar. Recordemos, de paso, que el uso de adjetivos, verbos, antónimos, sinónimos marca el carácter subversivo de esta presencia, si queremos creerle a Orwell en *1984*. Afirma Syme acerca de la creación de la *neolengua*:

La destrucción de las palabras es algo de gran hermosura. Por supuesto, las principales víctimas son los verbos y los adjetivos, pero también hay centenares de nombres de los que puede uno prescindir. No se trata sólo de los sinónimos. También los antónimos. En realidad, ¿qué justificación tiene el empleo de una palabra sólo porque sea el contrario de otra?

Son incontables las ocasiones y los riesgos de ser personaje y de diferir, generando multitudes a partir de uno solo, provocando encuentros inesperados que contradicen a todas luces los que acostumbramos en nuestro mundo, un mundo descrito científicamente por físicos como Newton, en la historia por relatos verosímiles, en la literatura por autores clasificados como pertenecientes al realismo, al costumbrismo entre otros. Una de las preocupaciones típicas de la vanguardia es romper con lo acostumbrado —e identidad es costumbre, es narración de lo habitual. Encuentros y desencuentros, posibles confluencias entre personajes y no-personajes, y entre éstos y quienes, sin ser nombrados, por allí deambulan: él, el amigo, ella, ellos, un ambiguo nosotros... y el que narra, narra y no narra. A la par observador y personaje, quien relata pierde el hilo, se pierde a sí mismo en las rutas narrativas. ¿Cómo contar, por ejemplo, el viaje del amigo en el tren y el movimiento del tren en el espacio? ¿Con quién y con qué nos encontramos, en movimiento también nosotros, personajes y narradores? ¿En dónde está nuestro lugar de observador y qué podemos ver que esté en movimiento, en relación con algún entorno, fijo y en movimiento a la vez? (Einstein: ¡presente!) En las artes gráficas de los años veinte no sólo se pierde el observador, se nos pierde el punto de observación. ¿Y en la literatura? ¿El narrador pierde su lugar y su momento de narrar?

Todo eso, preguntas incluidas, da pistas acerca del mundo, un mundo que emerge y adquiere distintivos a partir de los personajes y, desde luego, los textos sobre él. Lo que lo precisa y a la par abre sus posibilidades hacia la ambigüedad y la subversión, en *1984* debe ser destruido. Cuanto más amplio, inesperado y desconcertante nos parezca este mundo diseñado mediante el lenguaje, los personajes, sus pasos por él, sus miradas, tanto mayor y con mayores posibilidades nos salta en cara aquello que termina por identificar lo que es

distinto a nosotros. Poder ser lo que uno se imagina, desea, sueña ser: las alternativas se salen de todo control. Ser a partir de todo lo que es diferente, lo que encontramos en todas partes, ser a partir de la improvisación y del génesis a la inversa, es un privilegio y un riesgo, y ciertamente no se da sin tropiezos. El entorno, por ejemplo, no desaparece, pero tampoco está a la vista. Las experiencias, incluidos los encuentros con lo posible y con lo que no lo parece, no se someten a ningún orden, ni temporal, ni lineal, ni causal.

Si los personajes son imprecisos y no se ubican en tiempos y espacios reconocibles, ¿qué dice eso del relato que pretende narrar su andar por el mundo? Este coloquio es sobre novela corta: en los textos de Arqueles Vela, ¿qué es novelesco, y qué quiere decir corto? La identidad de una voz que se refiere a sí misma como “nos” y que no delata su nombre, es resultado de un experimento en el que se confunden narrador y personaje (y posiblemente incluso la persona del autor, como en tantos otros textos estridentistas). El narrador-personaje cuya identidad se conoce sólo por encontrarse con las diferencias, es quien cuestiona el papel de todo personaje y de sí mismo como narrador. El texto que describe los posibles encuentros, también es experimento, al fundir y confundir principios narrativos. No es la brevedad de un relato vanguardista, no su densidad lo que designa su calidad narrativa, sino esa fuerza experimental que encontramos en la poesía en prosa de un Baudelaire, pero también en una novela-ensayo como *El hombre sin atributos*.

Surgen preguntas. Lugares y momentos trazados por las presencias de personajes inasibles, sin nombre, sin identidad reconocible y que se manifiestan multiplicados, ¿son lugares y momentos habitables? Estar en una ciudad, moverse en ella, dormir allí, trabajar, comer, andar en los trenes y las calles –mientras uno no conoce a nadie, ni parece que uno realmente vive allí. Encontrarse con el mismo “otro” en todas partes es reconocerlo y, por lo pronto, casi conocerlo. Sin esos encuentros tendríamos apenas unas descripciones, nunca un relato, un proto-relato siquiera. Ese mundo en el que uno también se encuentra es igual de inasible, y eso es significativo para nosotros, para nuestras maneras de describirlo. ¿Y qué si mi mundo resulta inhabitable, indescriptible, fragmentario, impreciso, indefinible? Qué, de hecho, ¿no es así el mundo? Peter von Matt afirmaría que la pregunta del hombre acerca de quién es, debe estar relacionada de alguna manera con el acto de narrar historias.

Términos que me vienen a la mente: disonancia, distorsión, dislocación. Disidencia. Y se impone, siempre, una pregunta, siempre la misma: ¿en qué entorno de lectura y escritura escribe Arqueles Vela sus textos, y en qué entorno los leemos ahora, hoy, cada día? ¿Mencionaríamos, mencionaría yo, en relación con las figuras desgarradas, todavía a Dostoievski, o citaría otras experiencias de vida, de lectura? Lo urbano con sus medios de comunicación modernos, aún no del todo interiorizados en la década de los veinte, las luces, los ruidos, las masas, las calles todavía sin trazar en las que ya se dan encuentros fortuitos, la vida acelerada, el hombre fragmentado, ¿todo ello sigue simbolizando hoy aquella experiencia? ¿Todavía son éstas las características figuradas las que llevan a nuevos tipos de relación entre personajes literarios, entre éstos y su entorno, éstos y un tiempo que, en conjunto, experimentamos y representamos como desconocido, incierto, inenarrable? En las primeras décadas del siglo XX, lo urbano representaba esos personajes indefinidos con los que más de un lector podía identificarse... En una lectura actual, quizás sólo de la siguiente manera: los caminos (calles, viajes en tren y tranvía, rutas programadas pero no menos inciertas) se hacen al andar andando, y al paso se deshacen; los relatos, novelas, novelas cortas, cuentos y otros, se hacen al narrar, y al paso de andar narrando, se deshacen.